

C  
972  
S

PQ 72  
.D34  
U8

RICARDO

---

Señores Académicos:

Pues que debo ser recibido como INDIVIDUO DE NUMERO de esta Academia Mejicana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española, necesito para poder aceptar tanta distinción, presentaros el trabajo que exige nuestro reglamento. Muy obligado me hallo desde que me llamasteis al seno de esta Corporación que han honrado con su ingenio los intelectos más preclaros de la Ciencia y del Arte nacionales.

Preso de la más honda emoción he ascendido a esta tribuna. No sin temor la he escalado, porque en vez de traer un discurso edificante, vengo con un modesto ensayo acerca de las NUEVAS ORIENTACIONES DE LA



C  
972  
S

PQ 72  
.D351  
108

POESIA FEMENINA; ensayo que por su corta extensión no os fatigará demasiado.

Reitero que este no es un discurso: es una alocución de poca valía. Mi labor se reduce a una clarinada a fin de que críticos eruditos consagren a este tema sus estudios.

Mas no debo continuar sin detenerme un momento, no para hacer el elogio del que me precedió en el sitial académico, ya que mis fuerzas son débiles para poder aquilatar la labor a que dió cima como hombre de letras don José López Portillo y Rojas, sino para rendir humilde pleitesía a tan alto cerebro y a tan claro espíritu: cerebro en que fulgieron las luces del saber, y espíritu hospedador de cristianas virtudes; arcangélico espíritu, como le llamara Monseñor Pagaza, por esa su sed constante de acercamiento a lo divino.

No, no me es dable juzgar la obra de uno de los exponentes más altos de la novela, del cuento y de la historia nacionales. Ni es necesario: andan por ahí sesudos juicios acerca del ilustre desaparecido. Limítome sólo a evocar la memoria del docto varón que presidiera este Cenáculo, en el que gozoso partió con lar-

gueza su pan y su vino, sin que hasta hoy, que yo sepa, lo haya negado alguno de nosotros.

¡Salve a tí, Maestro inolvidable; caballero en cuya tizona espejeante se retrató el pundonor y la hidalguía! Que la celeste paz sea contigo.

\*\*\*

Una corriente de renovación conmueve todos los órdenes de la vida. Febril inquietud se apodera de todos los espíritus y una ansiedad de progreso anima a todos los seres: todos buscan nuevos derroteros para sus diversas actividades, todos anhelan nuevas soluciones para sus problemas, y nuevos vocablos para la expresión de los mismos.

La locomotora y el trasatlántico han quedado a la zaga del aeroplano:—pájaro de hierro que ha prendido en el hombre las alas de Icaro, para hacerlo dueño de los espacios, reduciendo muy mucho las distancias y trocando en realidad estupenda el excelso sueño del divino Leonardo. El invento de Marconi se ha perfeccionado de tal suerte, que las ideas se transmiten en vibración maravillosa. Hoy día, instalados cómodamente en nuestra habitación, podemos, merced al radio, go-

26382



C  
972  
S

PQ 72  
.D361  
108

zar de una conferencia dada a millares de kilómetros.

En el orden literario el afán de renovación desecha, entre otras escuelas, la neoclásica y la romántica para dar entrada a las tendencias futuristas (1) las cuales extreman características de mal gusto: ese anhelo de **pintar** a la manera de los impresionistas, descoyuntando y aun rompiendo la métrica de una manera anárquica. Sin embargo, tales absurdos y extravagancias—que en la mayoría de los casos nos dejan turulatos—quizás puedan conducirnos a un género que responda en todas sus partes a las modernas aspiraciones. Se impone el apotegma d'annuziano: **o renovarse o morir.**

Si pues en todos los órdenes hay algo nuevo; si hasta en la floricultura, merced a injertos extraños y a diferentes abonos, plantas rústicas y vulgares se aristocratizan en los jardines produciendo nuevas flores con matices nuevos y nuevas aromas, la poesía femenina no podía escapar a esta corriente.

(1) ¿Quién no sabe que Marinetti en Italia fundó el Futurismo que entre sus orientaciones actuales cuenta con el dadaísmo, el estridentismo, etc?

Hasta hace unos cuantos años la mujer se había consagrado, al modular sus cánticos y al tallar sus gemas, a procurar a toda costa esconder su sér íntimo, a enmascarar sus emociones y pensamientos; en una palabra, a ocultar su feminidad de tal modo, que su poesía, por lo que ve a la esencia, era artificial. Sin duda alguna que contribuyeron a darle tal carácter el recato y timidez innatos en la mujer, la educación austera en que se forjó su espíritu y, especialmente, las condiciones de sumisión y de represión en que ha vivido esta mitad del género humano desde la más remota antigüedad.

Hoy, debido a que ya se ha emancipado de los prejuicios y preocupaciones que la ataban al oscurantismo, la literatura femenina ha adquirido su verdadera esencia; ganando en vigor y enriqueciéndose en inspiración. En la nueva poesía que cultiva la mujer, ésta abandona el romanticismo empalagoso en que arrebujaba sus pensamientos y sus sentimientos, y entra por la ruta de la simplicidad, en la que nos revela todo el fondo de su corazón y de su sensorio de una manera natural y encan-